

PSICOANÁLISIS Y BIOPOLÍTICA. 2ª parte: PULSIÓN.

PSYCHOANALYSIS AND BIOPOLITICS. 2nd part: DRIVE.

Haydée Montesano

RESUMEN:

El concepto de pulsión en psicoanálisis es uno de los que más tiende a consolidar la idea del sustrato biológico como soporte de la subjetividad. Se intentará abordar en este trabajo la posición epistemológica que soporta dicha concepción, tomando como material de análisis la producción del campo psicoanalítico poslacaniano, contraponiendo la enseñanza de Jacques Lacan, y abriendo el diálogo con la filosofía crítica al campo biopolítico.

PALABRAS CLAVE: pulsión - subjetividad - sujeto - Freud - Lacan - biopolítica.

ABSTRACT:

Drive is the concept that most tends to consolidate the idea of a biological substratum as a support for subjectivity in Psychoanalysis. This article analyses the epistemological theory that underlines such position considering the production of post-lacanian psychoanalysts in opposition to Jacques Lacan's teachings; thus initiating a dialogue through critical philosophy to biopolitics.

KEY WORDS: drive - subjectivity - subject - Freud - Lacan - biopolitics

Retomando nuestra propuesta de abrir las interrogaciones que surgen en el diálogo del discurso del psicoanálisis y lo que de la biopolítica nos puede retornar como diagnóstico de época, nos ocuparemos en esta ocasión del término pulsión (*Trieb*).

Para abordar esta noción, es crucial retomar el estatuto con el que se inscribe en el discurso de la filosofía -específicamente en Schopenhauer y Nietzsche- y, fundamentalmente, cómo pasa a constituirse en uno de los pilares de la teoría del psicoanálisis desarrollada por Freud. A partir de este establecimiento retomaremos, en la enseñanza de Lacan, el estatuto con el que se plantea la pulsión y en qué medida el lacanismo sostiene o desconoce dicho estatuto.

Referencia en la filosofía:

El libro *El Nacimiento de la Tragedia* de Friedrich Nietzsche, en la publicación de Alianza Editorial del año 1995, cuenta con una nota del traductor Andrés Sánchez Pascual, en la que explicita la decisión que ha tomado respecto de la traducción de *Trieb*:

Trieb. Pese a los equívocos a que pudiera dar lugar, traduzco siempre Trieb por instinto. Nietzsche toma este término, así como el de Kunsttrieb (instinto artístico), del vocabulario de Schopenhauer. Sin duda hay que entender “instinto” en un sentido muy amplio, como “tendencia hacia”.¹

El valor referencial que le otorgamos a esta cita se fundamenta en el rango académico del traductor; quien, además de ser doctor en filosofía, se ha especializado en la traducción del alemán al español de diversos filósofos, especialmente de gran parte de la obra de Friedrich Nietzsche. La ponderación que realiza Sánchez Pascual nos permite construir una interpretación de *Trieb* que, en alguna medida, nos es próxima a la noción de instinto, pero en la necesidad de establecer que *Trieb* e *Instinkt* no se pueden considerar sinónimos. Aunque la amplia acepción “tendencia hacia”, generalice el alcance de la idea conceptual que está en juego, no es suficiente a la hora de recordar que la lengua alemana cuenta con el término *Instinkt* (instinto) cuya definición clásica es:

Estímulo interior natural heredado y, de suyo, irreprímible.²

En este sentido, el problema excede el campo semántico de cualquiera de los dos términos en tanto ligados al léxico; se trata de su participación en el sistema conceptual establecido por Nietzsche.

En el libro citado, que integra la primera etapa de su obra y se caracteriza por una gran influencia de Schopenhauer, el pensador propone, respecto del desarrollo del arte, dos instintos (*Triebe*) correspondientes, respectivamente, a lo Apolíneo y lo Dionisiaco. Cada uno de ellos representa un mundo en antítesis con el otro; mientras lo Apolíneo se relaciona con el sueño, lo

¹ Nietzsche, F. (1995). *El Nacimiento de la Tragedia*. Nota de traducción. Buenos Aires: Alianza. p. 259.

² *Diccionario Enciclopédico Espasa*. (1989). T. 11. Madrid: Espasa-Calpe. p. 6061.

Dionisiaco lo hace con la embriaguez. En lo que nos interesa rescatar para este desarrollo, señalamos que Nietzsche resalta de estos instintos su condición fisiológica (sueño y embriaguez).

Apoyado en Schopenhauer, Nietzsche caracteriza estos instintos antitéticos como dos tendencias netamente diferenciadas; por una parte, la bella forma ajustada a medida, expresada en la idea de la divina proporción (apolíneo) y por la otra la desmesura (dionisiaco). Si bien siempre estos dos instintos están en conflicto, existe un momento en el que confluyen o copulan, dando lugar a la Tragedia Ática, que es considerada por el filósofo como una de las formas más sublimes de la creación en el arte.

Es de señalar que, si bien el contexto cultural aparece en la nominación que hace Nietzsche de los dos instintos, tomando los nombres de los dos dioses griegos Apolo y Dionisio, estos no son más que formas representativas de un fondo natural insondable e inaccesible, ya esbozado en lo que ubicamos del orden de la fisiología.

Destacamos el lugar que tiene en el pensamiento de Schopenhauer la representación, en tanto la constitución que implica el límite entre una naturaleza irrepresentable y lo que puede aparecer, en tanto representado, dando lugar a lo que conocemos como el mundo.

Teoría psicoanalítica:

La noción de *Trieb*, tal como Freud la trabaja a lo largo de su obra, se va construyendo como concepto respecto de su lugar en la teoría y la clínica psicoanalítica. A pesar de las diferentes líneas argumentales que él desarrolla -volviendo sobre sus pasos y rectificando en distintos momentos la condición de la pulsión- lo que subyace a su estatuto epistemológico no presenta variaciones. Aunque claramente elige *Trieb* en lugar de *Instinkt*, la inclusión del término no desconoce su tradición en Nietzsche y Schopenhauer. En esta línea, es inseparable de una teoría energética que debemos leer como natural y de materialidad biológica.

Para el interés de este desarrollo, no nos detendremos en el recorrido que el término alcanza en la formulación freudiana. Nuestro punto es ubicar, en el campo del discurso psicoanalítico, aquello que de esta posición epistemológica

subsiste a pesar de la enseñanza de Jacques Lacan,³ en aquellas publicaciones producidas por psicoanalistas que, no sólo se referencian en Freud, sino que se apoyan en formulaciones de Lacan.

En *Pulsión y Ficción*,⁴ un libro de Françoise Samson,⁵ prologado en la edición en español por el psicoanalista Juan Carlos Cosentino, la autora aborda, en un conjunto de artículos, la noción de pulsión desde una perspectiva que se plantea como resultado de un diálogo entre Freud y Lacan, que ella propone desde los desarrollos con los que interroga el concepto de pulsión. Tomaremos como texto de referencia el primero de los capítulos: “¿Qué será de la pulsión al final de la cura?” Ese trabajo, presentado en las Sesiones públicas del Colegio del pase de la École de Psychanalyse Sigmund Freud, toma su punto de partida en la elección de la palabra *Trieb* por parte de Freud definiéndola, con trazo rápido, como: energía, movimiento y empuje.

Samson realiza un recorrido de la obra freudiana mostrando cómo se estabiliza conceptualmente la noción, resaltando los artículos en los que se va consolidando la pulsión como núcleo de nuestro ser. En tanto núcleo, las pulsiones están directamente ligadas al Ello, configurándose como representaciones de necesidades somáticas; en este sentido, Samson nos recuerda que pulsión es un concepto fronterizo entre lo psíquico y lo somático, inscripto en el fondo de la *Hilflosigkeit*, traducido como desamparo, estar sin recursos. Esta condición de origen es la que se expresa en el modo del ser todavía no orientado en el mundo.

El circuito de la pulsión que nos presenta la autora muestra un recorrido que va del cuerpo, entendido como organismo, al aparato psíquico. La excitación pulsional, que se corresponde con una necesidad, tiende a buscar su satisfacción, siendo ésta la meta de la pulsión; el empuje es el “ser” de la pulsión, y el objeto es lo más variable, dado que no está ligado al origen. Para decirlo de otro modo: la necesidad no está fundada en objeto alguno, sino que tomará al que mejor se adapte a la satisfacción. La fuente es un proceso somático en un órgano, que genera una excitación representada en lo psíquico

³ Sobre la que volveremos en el tramo final de este trabajo.

⁴ Samson, F. (2008). *Pulsión y ficción*. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.

⁵ Françoise Samson es psicoanalista en París, miembro de la École de Psychanalyse Sigmund Freud (Francia) y de la Assoziation für die Freudsche Psychoanalyse (Alemania).

por la pulsión. Por lo tanto, jamás conoceremos esta fuente, ya que sólo la meta tiene acceso a la "psiquis".

Los momentos en los que Samson cita a Lacan -recordemos que su argumentación se sostiene en el diálogo de los dos autores- son aquellos en los que aparece la articulación al Otro y la caracterización del objeto de la pulsión en tanto hueco, lo que es equiparado con el objeto *a*. En estas menciones, el Otro siempre es identificado con la figura parental o la del analista, que cumplen la función de acotar la vida pulsional y, si bien este Otro queda ligado a la posición deseante, lo será en tanto introduce la falta. Debemos entender esta idea advertidos de que el objeto perdido para la satisfacción lo es por definición, en tanto la necesidad (natural) ya no es accesible al hombre. En esta dirección, el Otro es una suerte de agente que introduce la condición gramatical en la coordinación entre la satisfacción y el objeto; este rango gramatical ubica al objeto como hueco.

Si bien pareciera que la articulación con la enseñanza de Lacan es pertinente, la manera en que Samson lee el estatuto del Otro y del objeto *a*, nos lleva a plantear algunas objeciones que, en última instancia, se fundan en una crítica a la posición epistemológica desde la que, en ese texto, se sostiene la teoría sobre la subjetividad.

Para fundamentar nuestras objeciones, partiremos de la noción de sujeto que subyace en los desarrollos de Samson, lo que permitirá comprender cómo la utilización de términos pertenecientes a la enseñanza de Lacan quedan desvirtuados en su sentido teórico.

No es un dato menor la propuesta con la que se inicia el texto en cuestión; es bajo la condición ficcional de suponer un alguien que ha concluido su análisis, pero que será hipotetizado en la composición de un mosaico de distintos casos posibles. Esta propuesta parece indicar que, para esta autora, la condición de la pulsión al final del tratamiento podría ser conceptualizada para todo caso, en consonancia con una modalidad pulsional al inicio del tratamiento que también resultaría común a todos los casos. Esta idea podría llevarnos a suponer que se está operando con la noción de estructura, tal como la establece Lacan. Sin embargo, se trata de la convicción sobre una invariante antropológica. Decimos esto, en tanto se plantea el registro de una subjetividad construida a partir de un aparato -psíquico- que procede como un artefacto

traductor fallido, en tanto es imposible alcanzar a representar el punto irreductible de una naturalidad humana, pero a la que se le da entidad real -biológica- al modo de lo que subyace en última instancia como motor de la vida del hombre.

De esta forma, lo humano se teoriza en la disyunción de un conjunto de necesidades biológicas -perdidas para el registro subjetivo- ficcionalizadas en la representación pulsional que tiende a poner en jaque al yo, en la desventura de no ceder a impulsos internos, frente a las condiciones exigidas para pertenecer a la sociedad que, por otra parte, sería el rescate al desamparo originario.

Esta invariante antropológica produce una concepción de sujeto equiparable a la idea de individuo perteneciente a una especie que, como tal, se relaciona con otros individuos. En este sentido, el Otro no es más que la denominación de un agente socializador que introduce lenguaje en un viviente que cuenta con un equipo neurológico que lo hace posible. Lejos estamos de la noción de estructura que implica que *A* designa el lugar del Otro, al que leemos como histórico, en tanto toma la función sin que nos lleve a confundir el sitio con la persona. Esta distinción entre *A* y Otro, nos permite sostener la idea de una estructura que funda el campo subjetivo a partir de la cadena significativa, con sus intervalos y espacialidad topológicamente definida. No hay sujeto sin Otro, pero no en el sentido de rescatar “la carne de su desamparo originario”, sino en la condición simbólica que funda.

También el objeto, bajo esta perspectiva, debe ser especificado en su estatuto lógico y como efecto del trazado de la topología. La idea de un objeto que siempre es revocado por lo inaccesible del objeto perdido, si bien parece plantearse como objeto que cumple la función de objeto perdido, se organiza en un dualismo que opera con un supuesto objeto natural inaccesible -en correspondencia con la fuente somática- y otro que, cumpliendo ciertas condiciones, fracasa mostrando el lugar vacío. La condición lógica, en cambio, insta que ningún objeto es idéntico consigo mismo -ni siquiera como perdido- y, en su traza topológica, se constituye en la operación del corte y se connota como no especularizable. En última instancia, el objeto de la pulsión es parcial en tanto representa parcialmente aquella función de la que es producto, ya que está desvinculado de cualquier condición anatómica o fisiológica.

Si alguna duda pudiera plantearse sobre el estatuto que para Lacan tiene la pulsión, será suficiente recordar el modo en que lo enuncia en el *Seminario 23*:

Es preciso que haya algo en el significante que resuene.

Resulta sorprendente que esto no se les haya presentado de ningún modo a los filósofos ingleses. Los llamo así porque no son psicoanalistas. Creen con una convicción inquebrantable que la palabra no tiene efecto. Se equivocan. Piensan que hay pulsiones, y eso cuando tienen la amabilidad de no traducir *Trieb* por instinto. No piensan que las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir.⁶

Este párrafo, que resume en su última frase la posición teórica de Lacan respecto de la pulsión, nos permite proponer que la articulación entre cuerpo y decir despeja cualquier intento de sostener cualquier forma de naturaleza biológica como sustrato de lo pulsional. Esta posición es desarrollada en su enseñanza en distintos momentos ocupándose, en cada uno de ellos, de argumentar contra la idea de naturalidad, energía y biologización de la pulsión, y a favor de plantearla como efecto de la operación discursiva, inscripta en la espacialidad topológica que, tanto establece posición subjetiva, como también permite pensar la estofa del cuerpo en juego para el psicoanálisis.

En este sentido, la condición ficcional de la pulsión a la que nos remite Lacan en la clase XIII, “Desmontaje de la pulsión” del *Seminario 11*, es la que se corresponde con lo que Bentham define como ficción; entendida como la calidad de aquello que es construido desde la operación del lenguaje y que toma forma desde lo institucional, entendiendo institución como entidad que instituye.

Esta calidad ficcional es la que se contrapone a la propuesta de Freud de designar a las pulsiones como mitos.

La crítica biopolítica:

A partir de lo desarrollado, nos detendremos en algunos puntos que ameritan abrir el diálogo con el campo de la filosofía política que, en tanto

⁶ Lacan, J. (2006). *El Seminario*. Libro 23. Buenos Aires: Paidós. p. 18

crítica de la biopolítica, cuestiona aquellos argumentos que definen lo humano en el sustento de una naturaleza de cualquier orden.

En el punto 2, “Nomos basileús”, de la primera parte del libro *Homo Sacer I*, de Giorgio Agamben, titulada “Lógica de la soberanía”, el autor analiza las teorías que intentan dar cuenta de la relación entre ley y soberanía. Es de señalar que el debate que entraña este problema, ha quedado oculto por el criterio de la democracia moderna apoyada en la noción de Estado de derecho. Sin embargo, la pertenencia de la soberanía a la ley o, como se lo expresa en general: la ley es soberana; es un principio que no elimina la paradoja presente en esta relación. La paradoja se constituye en el punto de interrogar qué es lo que hace de la ley una entidad legítima con potencia soberana o, en qué se funda la soberanía si no es por la existencia de la ley.

En el conjunto de argumentos y principios fundantes subyace, en última instancia, el problema del orden social contrapuesto al caos, que en definitiva está en relación directa a la violencia. Por razones de interés puntual para este trabajo, no nos detendremos en las distintas formulaciones y debates propios del campo de la filosofía jurídica, sólo haremos mención de la posición asumida por Hobbes, dada la relación posible con parte de los argumentos freudianos.⁷ En este sentido, la oposición entre el estado de naturaleza y la cultura se constituye como la justificación última respecto del poder soberano absoluto, dado que, para esta concepción, lo natural del hombre es ser el lobo del hombre, por lo tanto, el poder del más fuerte ya no será en relación a la imposición de una fortaleza natural sino a la que otorga la soberanía, punto clave del Contrato Social.

En la perspectiva de Hobbes, no sería necesario comprobar en el principio de los tiempos la existencia fehaciente y realmente acontecida del estado natural librado a la violencia del más fuerte; sólo es necesario sustentarlo como premisa, que se hará comprobable si dejara de operar el Contrato Social. Por lo tanto, es una premisa de carácter lógico que aporta la condición necesaria para argumentar a favor del pacto hipotético de los hombres; en ese pacto hay una cesión del poder soberano que queda articulado a la ley, entendida como nomos.

⁷ Esta relación está debidamente presentada y sustentada por Roberto Espósito en el libro *Communitas* (2003). Buenos Aires: Amorrortu.

En gran medida, lo hasta aquí expuesto permite abordar un punto de contacto con lo que se planteó respecto de la pulsión bajo la línea generada por Freud y retomada en el artículo de nuestro análisis. En los dos casos - Hobbes y Freud- se construye una hipótesis sobre la naturaleza del hombre que deriva, en un caso, a la estipulación de un contrato social que garantice la vida en sociedad; en el otro, la emergencia de esa “naturaleza” es ya una representación -la pulsión- y como tal, adquiere su carácter ficcional equiparable a lo mítico, en tanto da cuenta de un irrepresentable. El paso que incluye la teoría freudiana es que la existencia de la pulsión logra verificar la premisa hipotética: una tendencia natural interna pone en crisis el aparato psíquico, que debe contar con los mecanismos de defensa ante esa amenaza. Estamos en presencia del modelo de un individuo perteneciente a una especie que, como tal, porta internamente las marcas específicas que lo constituyen como perteneciente a dicha especie: la humana.

Para concluir, sólo señalaremos que la posición teórica asumida a partir de la enseñanza de Jacques Lacan nos orienta en la dirección de operar con el concepto de pulsión por fuera de cualquier criterio biológico o energético.-

BIBLIOGRAFÍA:

1. Agamben, G. (1998). *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
2. Espósito, R. (2003). *Communitas*. Buenos Aires: Amorrortu.
3. Eidelsztein, A. y colab. (2004). *La pulsión respiratoria en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
4. Lacan, J. (1993). *El Seminario*. Libro 11. Buenos Aires: Paidós.
5. Lacan, J. (2006). *El Seminario*. Libro 23. Buenos Aires: Paidós.
6. Samson, F. (2008). *Pulsión y ficción*. Buenos Aires: Mármol-Izquierdo.

Haydée Montesano

Psicoanalista, miembro de Apertura Sociedad Psicoanalítica de Buenos Aires. Docente e investigadora de la Cátedra I de Psicología, Ética y Derechos Humanos, Facultad de Psicología UBA. Doctorando Facultad de Psicología UBA.
e-mail: haydeemontesano@gmail.com